31950

GALERÍA LITERARIA.—2, TABERNILLAS, 2

EL MUSEO POPULAR

escrito

POR LOS MAS DISTINGUIDOS AUTORES

ILUSTRACIÓN DE

LOS PRINCIPALES ARTISTAS

TOMO PRIMERO

D. M.

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE UBALDO MONTEGRIFO
calle de Bailén, núm. 26.
1887

Biblioteca Nacional de España

31950

PERIÓDICO-BIBLIOTECA

Año I. | SEMANARIO ILUSTRADO de literatura, ciencias, etc. | PRECIO 25 céntimos cada numero. | BIBLIOTECA ILUSTRADA Publica tres obras distintas. | Núm. 1.º

DOS PALABRAS.

—

Observando que cada día se hace más necesario en nuestra patria, siguiendo el ejemplo de otros países, desenvolver, mejor dicho, aclimatar en ella cierta especie de publicaciones, que reunan en sí los diversos caractéres y propósitos de otras aisladas, y formen un conjunto variado y ameno que satisfaga los gustos y aficiones literarias de diferentes lectores, nos decidimos á poner por obra el citado pensamiento, y le inauguramos hoy con el primer número de El Museo Popular.

Nuestro objeto es instruir deleitando, según la sabia máxima de Horacio, y creemos realizarlo hermanando en amigable consorcio lo util con lo agradable, la aridez científica con la belleza literaria.

Las firmas que suscriben las producciones de nuestra publicación, son una garantía para el público y para esta empresa, que sólo aspira al noble y levantado fin de popularizar la buena literatura y los conocimientos útiles al hombre, dándonos por suficientemente recompensados, si el éxito corona nuestros débiles esfuerzos.

El Museo Popular saluda afectuosamente á la prensa en general, y con preferencia á la que, alejada de las pasiones y luchas políticas, se consagra á la ilustración y perfeccionamiento de la inteligencia humana.

El Editor-propietario.

El kiosko de los monos en la casa de Fieras del Retiro.

Biblioteca Nacional de España

LA FELICIDAD

—

De la historieta, que todo el mundo conoce, titulada *La camisa del hombre feliz*, se desprende, que el único hombre feliz que se encontró en la tierra no tuvo jamás camisa.

Es una fábula inventada para consuelo de los pobres, y aunque muy bella, tengo para mí que no ha convencido á ningún descamisado.

No sabemos si la felicidad está en razón directa de la posición social.

Ello es, que muchas veces el potentado, en la fatiga de sus desvelos y cavilaciones, envidia al pobre jornalero que parece libre de afanes, cuando con gustoso apetito saborea su humilde bazofia, teniendo por mesa el santo suelo y por diván los adoquines.

Y á su vez el jornalero envidia al rico señor, y así unos á otros nos envidiamos, creyendo feliz al prójimo.

Y así nuestra vida se desliza, anhelando siempre, ambicionando siempre, corriendo tras ese fantasma halagador que se llama felicidad, no de otro modo que como el niño corre ansioso á coger el arco iris que juzga al alcance de su mano, y que ve alejarse á medida que hacia él avanza.

La felicidad, no lo dudéis, es algo así como un efecto de espejismo.

Cuando la contemplamos á distancia nos parece una cosa real.

Cuando nos acercamos se desvanece. Era solo una ilusión.

Unas veces miramos hacia adelante, creyendo vislumbrarla allá en los horizontes de un porvenir risueño.

Otras veces volvemos la vista atrás, porque allá quedó envuelta en los recuerdos del pasado.

La vemos, pues, en pretérito ó en futuro, nunca en presente.

Esto es desconsolador, pero es verdad.

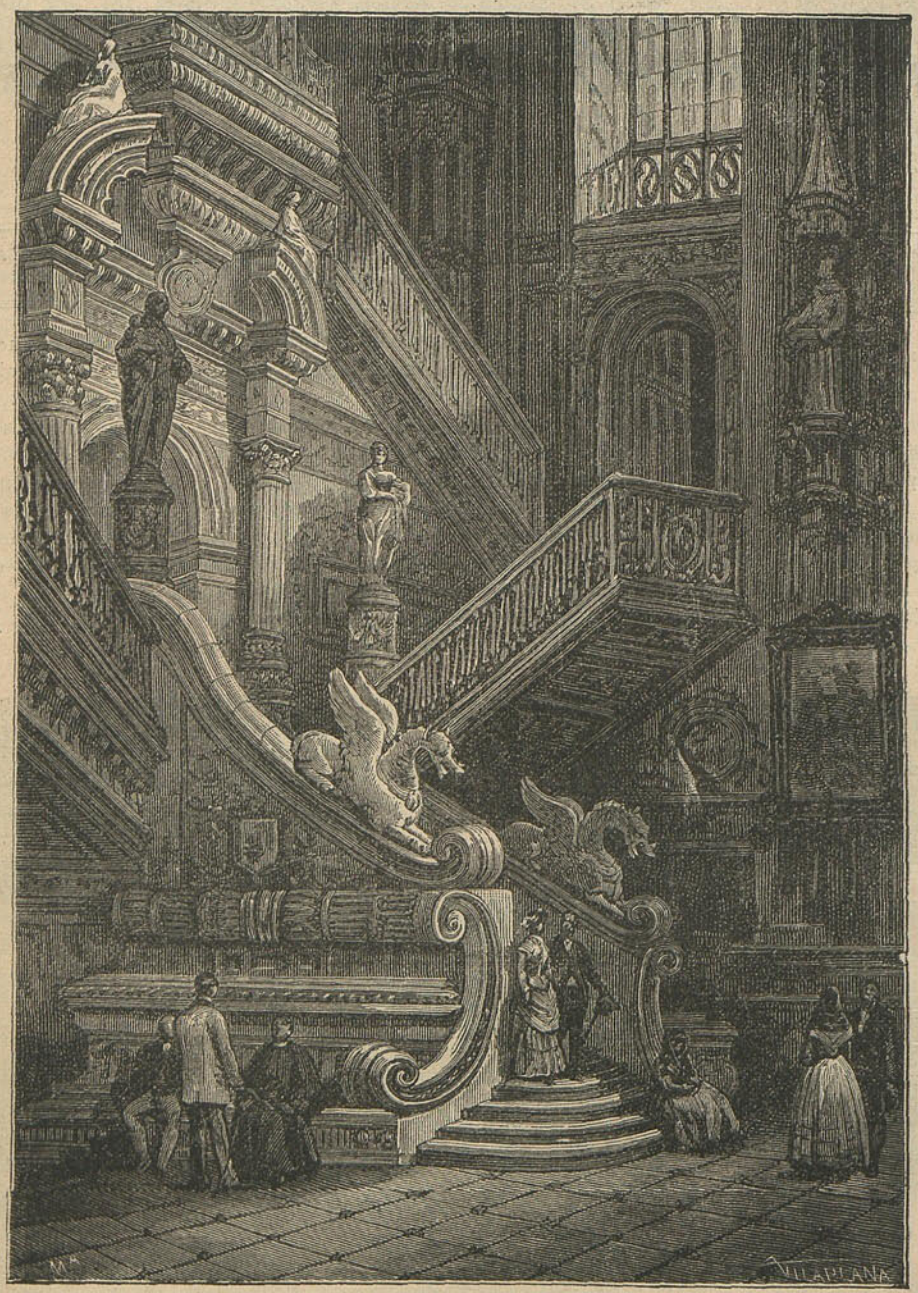
He aquí otra verdad más amarga: ni en pasado, ni en presente, ni en futuro. La felicidad, si existe, es un soplo rapidísimo, que un sólo instante nos halaga, para dejar después un recuerdo, á veces confuso y á veces mortificante.

—¡Quién fuera hombre!—dice el niño.—¡Quién fuera niño!—dice el hombre.—¡Quién fuera joven!—dice el anciano.—De estas exclamaciones se desprende que ni el viejo, ni el joven, ni el niño son felices.

Y he aquí lo que me propongo demostrar, pues ya era tiempo de que saliera el argumento de este artículo.

Es idea muy general, casi tenida por indiscutible, que en los primeros años es feliz la criatura.

Y yo digo, con toda la autoridad de una buena memoria, que los niños no son felices.



Interior de la Catedral de Burgos.

De las múltiples impresiones de aquellos primeros años de la vida conserva el hombre tan vago recuerdo, que ya en edad madura no puede analizar los sentimientos y las ideas nacientes que agitaron su espíritu.

Y al contemplar con más ó menos benevolencia los juegos de la niñez, exclama: —¡Edad dichosa, libre de zozobras y de cuidados!

Error, error, error.

Yo recuerdo, por fortuna ó por desgracia, con bastante claridad las impresiones de mis primeros años, y como ya no soy niño, y áun paréceme que voy dejando de ser joven, quiero refrescar vuestra memoria.

¿En qué edad queréis que estudiemos al niño? No será en la primera infancia, en la que no hay goce ninguno moral y hay en cambio toda clase de dolores físicos, que comienzan en el empacho y la dentición, y no acaban sino para ser sustituídos poco después por los azotes y castigos y contrariedades de que hablaremos en seguida.

Ya tiene el niño cuatro, seis años. ¿Es esa la edad dichosa?

¡Ah! Veis al niño en sus juegos; pero no comprendéis cuánto sufre todos los días en sus contrariedades, que representan para él más que disgustos, horribles penas.

¿No dais importancia á su llanto? Pues su llanto revela un dolor.

Y donde hay dolores no hay felicidad.

Ya el niño va á la escuela... Ya el niño tiene que pensar (¡tiene que pensar! no extrañeis la frase), en la lección, en el estudio, en el cartel, en la plana.

Y se extremece ante el semblante adusto del maestro, y teme al castigo, y le horrorizan las eternas horas pasadas en corro delante de una mesa, ó sentado en un banco...

¿Os reis? Pues todo esto representa un verdadero martirio, porque el martirio de la vida comienza en la cuna y acaba en el sepulcro.

Y repetiré el argumento. Donde hay martirio no hay felicidad.

Pero ya el niño pierde el miedo á la escuela, ya tiene diez años, doce... y ya...

Ya va siendo mucho más desgraciado.

Ya para sus diabluras hay menos benevolencia.

Lo exige su organismo y necesita gastar de algún modo su actividad nerviosa. Y á todo el mundo molesta, y él se siente molestado.

Para dar expansión á sus aficiones, tiene que ocultarse del padre que le cela, de la madre que se horroriza de que el niño fume, ó de que vaya á la pelea, ó de que en vez de dirigirse al Instituto se distraiga saltando los guardacantones de la Plaza de Oriente.

Biblioteca Nacional de España

Tiene que andar con cien ojos para no ser descubierto. Y todos sus juegos y aparentes felicidades no compensan los terrores que angustian su espíritu cuando al llegar á su casa espera la filípica paterna ó algo más contundente.

No lo dudeis. El muchacho vive en contínuo terror. Y siendo así, ¿dónde queda la felicidad?

No hablemos de los catorce años, de la edad más desgraciada, en la que no se puede jugar con los niños ni alternar con los hombres...

La prueba más clara de que los niños no son felices, es su vehemente anhelo de tener veinte años. ¿Por qué? Porque suponen que ya podrán romper los obstáculos que encuentran en su camino; porque el niño tiene voluntad, y no es dueño de su voluntad. ¿No hay otro remedio? Ya lo sé; pero siempre llegamos á la misma conclusión: que los niños no son felices.

¿Olvidan sus penas fácilmente? Concedido; pero con la misma facilidad vuelven á caer en ellas. Pasan los años... Llega la juventud, la edad madura... ¡La lucha horrible de la existencia!... No hay edad verdaderamente dichosa.

Acepto la felicidad relativa, la felicidad momentánea; pero esta no es patrimonio exclusivo de la niñez. Existe en todas las edades.

Creo en la felicidad del primer pantalón largo, y de la primera capa. Esta felicidad dura un día.

Creo en la felicidad del primer vestido largo que estrena la niña al convertirse en mujer, felicidad que dura una tarde.

Creo en la felicidad del recluta que asciende á cabo, y que puede durar hasta que se indisponga con el gento.

Creo en la felicidad del soldado que toma su licencia absoluta. Duración, hasta el día siguiente de la llegada al pueblo de su naturaleza.

Creo en la felicidad del agraciado con el premio gordo de la lotería, felicidad que dura hasta que comienzan los desvelos... (Estos desvelos pueden darse por bien empleados.)

Creía... ¿por qué no decirlo?... creía como felicidad suprema, en la felicidad del amor. Pero ¡ay! tampoco es duradera. También se trunca cuando el tálamo nupcial se convierte en lecho mortuorio.

No quiero entristecerte, lector, y concluyo.

Y para no merecer tus censuras por mis negaciones, terminaré con una afirmación.

Yo sé donde está la felicidad... Pero no, no he de decírtelo...

Mira al Cielo y adivínalo tú.

Vicente Moreno de la Tejera.

LA MUERTE DE PEPE-HILLO

Y EL PUEBLO DE PAN Y TOROS.

I

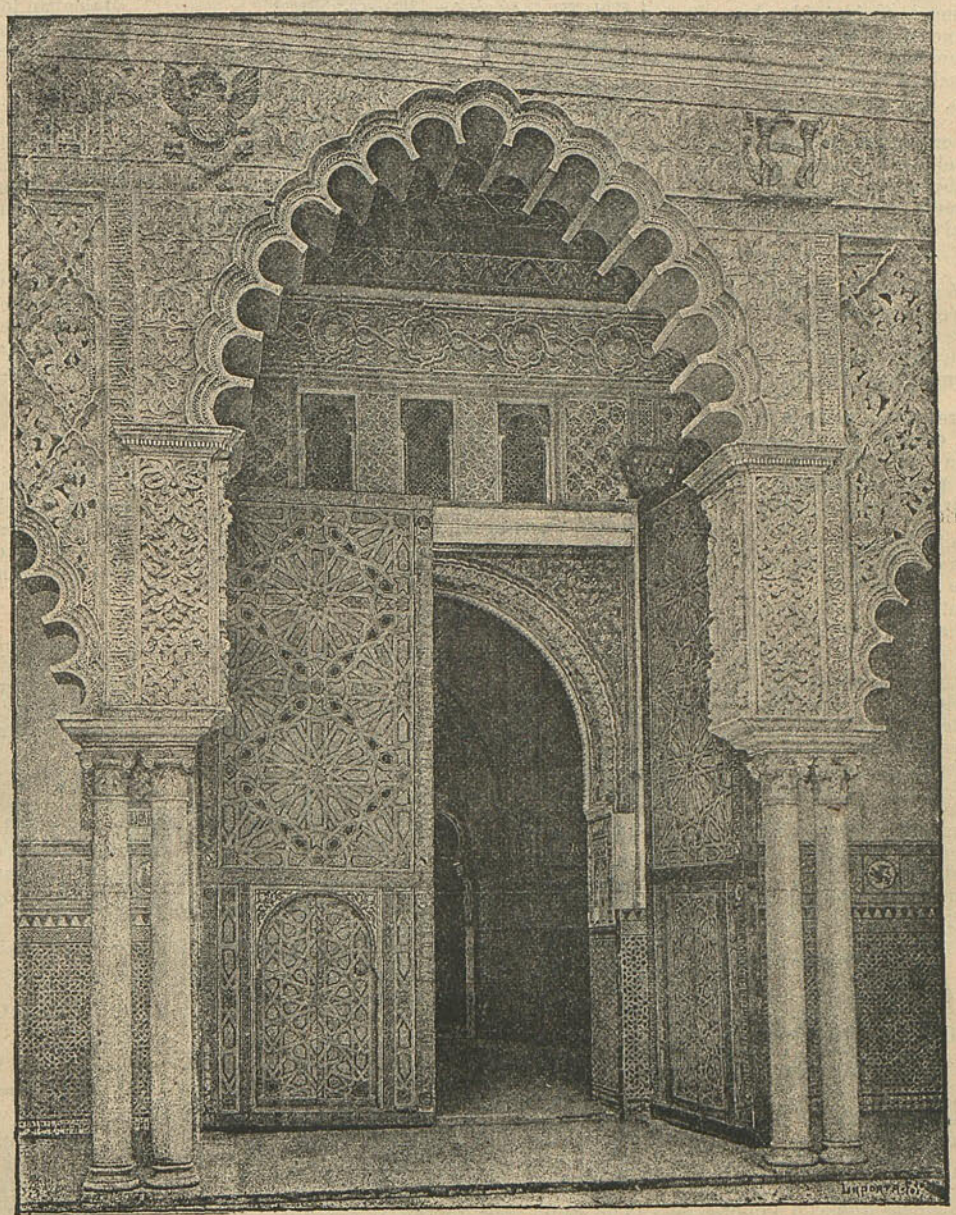
Era la tarde del once de Mayo del año de 1801.

La Plaza de Toros de Madrid, la que aún existía hace pocos años, estaba llena de bote en bote, á pesar de que aquella mañana también había habido corrida, según costumbre de entonces.

En la tarde á que nos referimos se lidiaban siete toros de la antigua ganadaría de Peñaranda: los tales *bichos*, según refieren las crónicas de aquel tiempo, eran de lo más feróz que en clase de *cornúpetos* se conocía; listos como ardillas, pujantes y dispuestos siempre á irse *al bulto*, sólo los grandes maestros que tenían mucho arte y gran corazón se atrevían á lidiarlos. Romero, Costillares y Pepe-Hillo, eran los diestros que con más serenidad se ponían frente á frente de un toro de Peñaranda.

El último de los tres que hemos nombrado toreaba en la plaza de Madrid en la tarde del 11 de Mayo ya citada. Esta sola circunstancia bastaba para llevar una inmensa concurrencia al circo taurino.

Era Pepe-Hillo (José Delgado), natural de Sevilla. Airoso en el andar, bien parecido, y vistiendo siempre con gran lujo, según su clase, gozaba en Madrid de generales simpatías. Muchos individuos de la nobleza le favorecían con su amistad, y casi diariamente se sentaba á la mesa del opulento duque de Osuna.



Entrada al salón de Embajadores en el Alcázar de Sevilla.

No se envanecía el diestro con semejantes distinciones, y á menudo recordaba la humildad de su origen: cuando niño, había sido zapatero de viejo en Sevilla.

Puede afirmarse, que si había hombres felices en la coronada villa, Pepe-Hillo era uno de ellos. La gente del pueblo le quería por su generosidad, la nobleza le apreciaba porque era comedido y cortés, y hasta en los infinitos conventos de la capital tenía por amigos á muy reverendos y mofletudos padres. Además del universal aprecio, en el seno de su familia gozaba aún de mayor felicidad: su mujer, María de los Dolores Salado, era una real moza nacida en Málaga. Pepe-Hillo la idolatraba, y ella correspondía fielmente á su cariño. El dichoso matrimonio había tenido tres hijos; Antonio, José y Manuel: este último, por recomendación del duque de Osuna, cuando tuvo edad para ello, llegó á obtener el empleo de visitador de estancos, que era un destino muy lucrativo.

II

En la tarde que ya por dos veces hemos citado, y poco antes de que Pepe-Hillo saliese á la Plaza con su cuadrilla, se le acercó Antonio de los Santos, su primer banderillero y sobresaliente, y le dijo:

—¡Maestro! ¡En la media corrida de esta mañana ha tenido V. una cogida, de la cual, afortunadamente, ha salido ileso! ¡Sin embargo, yo le he oido quejarse de que se resiente de una costilla!...

—Así es,—afirmó el diestro.—Me duele un poco, pero esto no vale nada. ¿Quién hace caso de trastazo más ó menos?

—Pues perdóneme V. que le diga,—in-

Biblioteca Nacional de España

sistió Antonio de los Santos,—que en esta ocasión debía hacer caso. ¡Hoy es día aciago! ¡La cogida de V. de esta mañana, y la cogida del picador Juan Roque, que todavía permanece en la enfermería!... ¡Ah maestro! ¡No salga V. hoy á la plaza, y nosotros nos arreglaremos como podamos con esas fieras de Peñaranda! ¡Tengo un presentimiento, así como si dijéramos!...

(Se continuará.)

Antonio de San Martín.

¿TE ACUERDAS?...

¡Nunca lo olvido! Al volver
De yo no sé que velada,
Hallamos una mujer
Muy mala, á tu parecer,
Al mio, muy desgraciada.

Nos cruzamos; me miró
Como el que al placer convida;
Tú te burlaste; se irguió,
Y al verse en su pena herida
Miró al cielo, y suspiró.
.....

Pasó un año; tu salud
Rodó por el precipicio,
Por do cayó tu virtud
En el lóbrego ataud
Del cementerio del vicio.

Pobre, sola, abandonada,
Joven, elegante y bella,
Tu vida estaba marcada;
¡Igual que la desgraciada
De la triste noche aquella!

Pero tú de día en día
Más en el lodo te entrabas,
El vicio te consumía,
Y mientras que tú bajabas,
¡Aquélla mujer subía!

Una noche te encontró;
Ibas pobre, mal vestida,
Al verte retrocedió...
Y recordando otra vida,
Sacó el pañuelo y lloró.
.....

Ahora que un olor exhalas
De vicio, y te hunden las penas,
Ahora dices y propalas
Que muchas mujeres malas
Son mejores que las buenas.

Antonio Montalbán.

EL KIOSKO DE LOS MONOS

EN LA CASA DE FIERAS DEL RETIRO.

Indudablemente, discretos lectores, os habréis detenido más de una vez ante la jaula, sobrado elegante y fresca, que dando frente á las de las fieras se levanta en medio de la plazuela que con honores de *parterre* y vistosos jardinillos ofrece un lugar de estancia y de reposo á los visitantes. Este sitio es el preferido de las gentes alegres y bulliciosas, que se desternillan de risa con los juegos y malignidades de aquellos pequeños séres, *vivas caricaturas del hombre*, como los ha llamado no recuerdo quién. Pero no sólo son los niños y los jóvenes de ambos sexos los que se pasan las horas muertas mirando y admirando todos los movimientos y evoluciones de aquellas infatigables criaturas; muchas personas serias y de madura edad quédanse también delante del kiosko larguísimos ratos con tan maña boca abierta. Algunas veces el que estas líneas escribe ha encontrado en aquel sitio á personajes de conocida gravedad é importancia. En cierta ocasión, uno de éstos, á quien conozco mucho, halláb ase delante de la jaula riéndose como un bendito. Le toqué en el hombro, y le dije:

—Hola, amigo; es la primera vez que veo juguetear la risa en sus labios, gracias á esos monos.

—Sí,—me contestó, poniéndose serio,—me río de mí mismo.

—¡Tú *dixisti*!—murmuré para mi gaban.

ENTRADA AL SALÓN DE EMBAJADORES

POR EL PATIO DE LAS DONCELLAS

EN EL ALCÁZAR DE SEVILLA.

Sevilla, la hermosa capital de Andalucía, es la ciudad de los recuerdos y las tradiciones. Todo en ella es monumental é histórico; la leyenda es el alma de aquella población, que por esto lleva en sí misma un sello característico de su fértil fantasía. Entre los muchos y notables monumentos que la ennoblecen figura el Alcázar como inestimable joya de la arquitectura árabe. El bellísimo arco y las puertas que dan acceso al salón de Embajadores, revisten en conjunto un carácter de maravillosa esbeltez y elegancia; si á esto se añaden los mil y mil primores y delicadezas de sus arabescos, que parecen bordados de oro y filigrana, se tendrá una idea, fijándose bien en el fotograbado que aparece en la tercera plana, de toda la hermosura de ornamentación que encierra. Hay en este singular palacio algo que habla al espíritu del que lo visita; al pasar de unas cámaras á otras vuélvese algunas veces la cabeza creyendo encontrarse frente á frente del rey D. Pedro ó del legendario ballestero Juan Diente. ¡Tanta vida esconden aún aquellas árabes cúpulas!

INTERIOR DE LA CATEDRAL DE BURGOS.

Ha sido tantas veces descrita y reseñada la célebre Catedral de Burgos, que nada nuevo acerca de ella podemos decir á nuestros lectores. No entraremos, pues, en detalles de sus compartimientos y bellezas artísticas; no describiremos sus suntuosas capillas de Enrique III, el Condestable, Santa Ana, Santiago, parroquia de la Catedral, Visitación, Presentación, Cristo de la Agonía, Santa Tecla y otras; sólo haremos referencia de algunas particularidades menos conocidas. Cada una de estas capillas es más grande y contiene mayores riquezas que muchas iglesias principales. Venérase en esta Catedral el famoso *Cristo de Burgos*, que tantos milagros hace según sus devotos. En la capilla de Enrique III se halla colocado, pendiente de la pared, á la expectación de los curiosos viajeros, el *Cofre del Cid*, que tiene como un metro de largo. En la del Condestable se halla el sepulcro de marmol blanco de su fundador D. Pedro Fernández de Velasco, muerto en 1496. En la de Santa Ana reposa el arzobispo don Luis de Acuña y Osorio. Uno de los objetos más curiosos es el confesionario real, en el cual se arrodillaban los antiguos reyes de Castilla, antes de su coronación, para que les fuesen absueltos sus pecados. Otro de los objetos de gran nombradía, dentro y fuera de España, es el célebre *Papamoscas*. Es éste un autómata que tiene especiales movimientos; cada vez que el reloj toca una hora hace una mueca terrible y prorrumpe en un grito extridente. La leyenda y la credulidad de las gentes ha hecho de esta extraña figura el héroe de las más inverosímiles y absurdas consejas. Es preciso visitar varias veces la Catedral de Burgos para darse aproximada cuenta de las riquezas de todo género que contiene. Su parte arquitectónica desmerece en detalle; pero el conjunto no puede ser más majestuoso é imponente. El grabado que damos en el presente número, hacia cuyos primores de ejecución llamamos la atención de nuestros lectores, da una hermosa idea de la magnificencia del monumento á que nos referimos.

LA NUBE

Entre negros nubarrones
Ocultábase la luna,
Bramaban los aquilones
Y arreciaban los turbiones
Cuando el relój dió la una.

Con menos sueño que frío
Yo estaba al pié de tu reja,
Y te llamaba, ¡angel mío!
El imán de mi albedrío,
Y te dí de amor la queja.

Poco después me marché,
Y olvidé que en frenesí
Mi amor hacia tí troqué;
Fuí á mi casa, me acosté,
Y enseguida me dormí.

.....
.....
Pasó la noche, y el día
Asomó por el Oriente;
Formaron grata porfía
Las aves, que dulcemente,
Blando el viento repetía.

Todo el cielo despejado
Pude ver al despertar,
Al punto corrí á tu lado,
Mas ¡ay! que vine á encontrar
Un ojo tuyo nublado.

Era mi desgracia cierta;
No había duda. ¡Voto á bríos!
Una noche á descubierta
Y pasando tantos fríos,
Y luego... por una tuerta.

M. García Rey.

GEROGLÍFICO.

(La solución en el número próximo.)

U. MONTEGRIFO, IMPRESOR, BAILÉN, 26.

Biblioteca Nacional de España